

# Ubuntu: la construcción de la identidad internacional de Sudáfrica a través del pensamiento africano

Ubuntu: South Africa's international identity construction through African thinking

Manuel Schiro<sup>1</sup>

## Resumen

La identidad internacional de Sudáfrica tras el advenimiento de la democracia multirracial en 1994 ha sido objeto de análisis de distintas corrientes teóricas. Sin embargo, el esfuerzo intelectual en este sentido ha permanecido mayoritariamente acotado a las perspectivas hegemónicas y occidentales de la disciplina de las Relaciones Internacionales (RRII). En este trabajo pondremos los puntos de vista constructivistas, aplicados a la transformación identitaria de Sudáfrica y sus relaciones internacionales, en diálogo con aportes del pensamiento africano, centrándonos especialmente en la noción de *ubuntu* y su influencia en la retórica y el comportamiento externo sudafricanos. Entendemos que, al obviar las visiones no occidentales, sobre todo cuando se analiza el comportamiento de países emergentes del Sur Global, existe el riesgo de incurrir en reduccionismos y se pierde una posibilidad de enriquecer el análisis. Además, la inclusión de categorías culturalmente distintas a las del pensamiento occidental hace a la consolidación de una perspectiva global para las RRII, y contribuye a la búsqueda de herramientas conceptuales novedosas y plurales para la disciplina.


190

Palabras clave: Ubuntu, Sudáfrica, identidad, constructivismo, RRII Globales.

## Abstract

South Africa's international identity following the advent of multiracial democracy in 1994 has been an object of analysis for different theoretical tendencies. However, intellectual efforts on this matter have remained predominantly limited to Western, hegemonic perspectives in the International Relations (IR) discipline. In this paper

Recibido: 17 de septiembre de 2021 ~ Aceptado: 20 de diciembre de 2021 ~ Publicado: 7 de enero de 2022

<sup>1</sup> Licenciado en Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Rosario (UNR), Rosario, Argentina.  
Correo: manuelschiro@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0002-5008-5044>.



we will establish a dialogue between constructivist points of view, applied to South Africa's identity and international relations transformation, and contributions taken from African thinking, especially the concept of *ubuntu* and its influence in South African rhetoric and international behaviour. We reckon that in ignoring non-western points of view, mainly when analyzing emerging powers of Global South, there is a risk of falling into reductionism and losing an opportunity of enhancing analyses. Furthermore, including notions culturally different from those of Western thinking helps in building a global perspective for IR, and contributes to the pursuit of innovative and plural conceptual tools for the discipline.

**Keywords:** Ubuntu South Africa, identity, constructivism, Global IR.

## 1. Introducción

La transformación del Estado sudafricano en la posguerra fría es un fenómeno que generó expectativas desde fines del siglo XX hasta la actualidad. Otro tanto puede decirse del ascenso del país como potencia emergente y el papel de liderazgo que le fue asignado en el continente africano y el Sur Global. De ser un “Estado aislado” o un “paria internacional” bajo el régimen del *apartheid*, Sudáfrica se convirtió en un ejemplo de reconciliación y de transición relativamente pacífica hacia la democracia multirracial. La autoridad moral encarnada en la persona de Nelson Mandela se sumó a las capacidades materiales del país para convertirlo en un actor relevante del escenario continental y mundial (Lechini, 2016).

En los últimos años, especialmente en la segunda década del siglo XXI, ciertos hechos internacionales, que repasaremos a continuación, se sumaron a las dificultades internas experimentadas en este país africano para que su imagen se resintiera, lo cual se refleja en los estudios sobre la política exterior del país (Hendricks y Majozi, 2021; Soto Gómez, 2017; Giaccaglia, 2019). En un contexto crítico como el que atraviesan la política exterior de Sudáfrica y su imagen internacional, la pregunta por la identidad es especialmente pertinente (Busso y Pignatta, 2008).

Ciertamente, la conversión experimentada por el Estado sudafricano implica una compleja transformación identitaria. La corriente del constructivismo en Relaciones Internacionales (RRII) se perfila como el marco teórico predilecto a la hora de abordar esta consideración, tal como demuestran varios estudios dedicados a la política exterior sudafricana y su inserción en el sistema internacional (Geldenhuis, 2012; Van Wyk, 2004; Cilliers, 1999). En este trabajo nos proponemos además la incorporación de nociones auténticamente africanas, que son marginadas de los trabajos académicos anclados en las teorías del *mainstream* de la disciplina. Este

esfuerzo apunta a demostrar que el pensamiento africano permea en la construcción de la identidad sudafricana y en su comportamiento externo. Por “pensamiento africano” entendemos las perspectivas y conceptos que surgen del raciocinio anclado a la realidad africana, que abrevan en sus tradiciones y que permiten entrar en diálogo con las cosmovisiones de distintas culturas. Sin caer en un “tradicionalismo cultural” ni una “sumisión étnica”, este pensamiento encara críticamente los desafíos al desarrollo de los pueblos del continente (Oladipo, 1995, p. 33). Adoptamos una perspectiva intermística, en la que las condiciones internas y el acontecer externo guardan una estrecha relación, en oposición al principio de separación de lo doméstico con lo internacional en los asuntos del Estado, como postula el realismo clásico (Smith, 2012; Giaccaglia y Morasso, 2020).

La incorporación de conceptos africanos permite enriquecer el análisis, evitando la asepsia cultural que impone el racionalismo noratlántico. Además, contribuye a una interpretación más completa del accionar externo sudafricano, dado que las teorías occidentales omiten el lugar de ideas propiamente africanas. Intentaremos poner en diálogo la teoría constructivista con estudios sobre la influencia del pensamiento africano en la política internacional de Sudáfrica.

Nos referimos principalmente a la noción de *ubuntu* y sus implicaciones para cuestiones nodales de la política exterior sudafricana en las últimas tres décadas, como el desarrollo, el pan-africanismo, los derechos humanos y la cooperación Sur-Sur. Veremos que estas nociones son pasibles de una reinterpretación a la luz de *ubuntu* y el enfoque colectivista que encarna, haciéndolas trascender de la tradicional distinción entre moralismo y pragmatismo. Al incluir estos aportes en nuestro análisis podemos complementar el estudio de la identidad internacional de Sudáfrica y contribuir a la construcción de una disciplina de RRII Globales que reconozca las contribuciones del Sur Global (Acharya, 2014). *Ubuntu*, una noción que también es objeto de construcción social y que recibe significados diversos, es válida como enfoque de derechos humanos (Le Pere, 2017), y buscaremos aquí defender también la validez del concepto como herramienta analítica del comportamiento internacional de un país africano (Tieku, 2012).

Tras esta introducción, proponemos un repaso teórico sobre la cuestión de la identidad en la disciplina de las RRII apelando a los aportes del constructivismo. Dedicaremos otro apartado a resaltar la importancia de incorporar propuestas conceptuales africanas para paliar las deficiencias de las corrientes teóricas del *mainstream*, e introduciremos el concepto de *ubuntu* como orientador de la política sudafricana. A continuación, utilizaremos las herramientas constructivistas para analizar el comportamiento del país luego de 1994. Luego identificaremos la

influencia del pensamiento africano y propondremos una reinterpretación del accionar y la retórica sudafricanos y sus tensiones a la luz de dicho influjo. Finalmente, expondremos nuestras conclusiones.

## 2. El problema de la identidad en las RRII y el caso de Sudáfrica

La identidad de Sudáfrica como agente del sistema internacional experimentó una metamorfosis luego de la asunción de Nelson Mandela como presidente en 1994. La transformación fue multidimensional y alteró no sólo las dinámicas domésticas sino la imagen y el comportamiento externo del país (Lechini, 2010). En palabras de Lechini (2016) “la República de Sudáfrica muestra un caso paradigmático de transición pacífica desde un gobierno racista, elitista, segregacionista y conservador hacia una democracia multi-racial con liderazgo regional y continental” (p. 140). El Estado austral del continente africano pasó de ser un “Estado aislado” (Geldenhuis, 2012) a un baluarte de los derechos humanos, cuya voz comenzaría a ser relevante en el plano global y especialmente africano. A la nueva percepción internacional respecto a la refundada “nación arco-iris” se agregó una redefinición de la identidad de política exterior sudafricana, atravesada por la proyección regional y global (Cilliers, 1999).

Este fenómeno fue objeto de variadas explicaciones desde las RRII, especialmente desde el constructivismo (Geldenhuis, 2012). Según Pereyra Doval (2015), entre las teorías de la disciplina la que mejor puede dar respuesta a las cuestiones relacionadas a la “identidad” es justamente el constructivismo. La variable clave a la hora de determinar continuidades y rupturas en el comportamiento de un Estado sería la identidad, “operando como criterio ordenador de los modos de inserción internacional” (Pereyra Doval, 2015, p. 128).

El constructivismo, según Alexander Wendt (1992), busca responder a la pregunta por el sistema internacional en lugar de abocarse al análisis de la formación identitaria de un Estado en particular. La conformación identitaria sería ante todo resultado de la acumulación de interacciones entre los actores, un producto esencialmente intersubjetivo. Las identidades serían construcciones relacionales referidas a entendimientos específicos a roles y expectativas sobre sí relativamente estables (Wendt, 1992, p. 397). Pereyra Doval (2015) sostiene que es justamente en el estudio de la construcción doméstica de las identidades estatales y de la política exterior donde el constructivismo sufre falencias, que pueden ser salvadas con las adaptaciones adecuadas.

Entre ellas se encuentra el reconocimiento de que en la construcción identitaria “el Estado tiene un rol fundamental, ya que el mismo enfatiza ciertos rasgos constitutivos de la identidad en función de la identidad que se pretende definir, acentuando los rasgos identitarios que son funcionales a sus objetivos” (Busso y Pignatta, 2008, p. 15). Las ideas y su difusión y reproducción doméstica serían un aspecto central de la política exterior de un Estado.

Wendt (1992) reconoce que, al recibir roles concebidos en el contexto de la interacción con otros actores, cada unidad cuenta con su propia agencia para reflexionar sobre sí mismo y sus identidades. La situación de transformación de los roles y la identidad se da cuando existen dos condiciones: debe haber una razón que induzca plantear la identidad en términos nuevos, y el agente en cuestión debe percibir que los beneficios del cambio serán mayores que las sanciones. El cambio de la identidad implica una ruptura del consenso sobre el que se fundaban los roles asumidos previamente, una revisión de las ideas que sustentaban la interacción del actor con “otros”, y un reconocimiento de esos “otros” de que ha habido un cambio en los roles asumidos que da nuevos significados a las interacciones (Wendt, 1992).

Busso y Pignatta (2008) sostienen que la identidad se vuelve un problema a desentrañar en contexto de cambio, crisis y expectativas defraudadas. Frente a las preguntas por el interés común y el proyecto colectivo, los decisores de política exterior deben posicionarse para desarrollar estrategias que defiendan ese interés, basado en la identidad. Esta última es ante todo una “conformación identitaria (...), un proceso que se ve influenciado por distintos contextos históricos” (Busso y Pignatta, 2008, p. 9). Las “fuerzas profundas” y los “elementos circunstanciales” adquieren distintos grados de relevancia según el contexto histórico, y pueden ser “producto de determinados procesos decisorios, del diseño y ejecución de determinada política, consecuencia de un cambio de régimen político y nutren el proceso siempre dinámico de las ideas, las normas, los valores” (Busso y Pignatta, 2008, p. 15).

Un Estado puede tener múltiples identidades, y la definición de sus intereses dependerá de la identidad que asuma en una circunstancia particular. En el caso de Sudáfrica la identidad más destacada es la de “poder medio emergente”. El activismo internacional ejercido por los gobiernos del nuevo partido gobernante, el Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés), y la percepción de sus atributos materiales condujeron a que Sudáfrica recibiera dicha etiqueta en numerosos análisis (Smith, 2018; Cilliers, 2017; Lechini, 2016; Giaccaglia, 2019). Giaccaglia (2016) propone una definición para esta categoría de países que incluye el reconocimiento de sus capacidades tangibles, su activismo internacional en instancias multilaterales,

y la percepción propia y ajena de su particular posición en la estructura internacional, distinta tanto de los poderes medios tradicionales como de sus pares del Sur Global. A esta definición, que recoge elementos del realismo, el institucionalismo liberal y el constructivismo, agregaremos una dimensión cultural. Se trata de Estados que no pertenecen a Occidente, y poseen cosmovisiones y culturas políticas que influyen en su comportamiento y sus interacciones, y que “escapan al radar” liberal-occidental y sus *corpus* teóricos (Acharya, 2014). “Sur Global” es entendido aquí como un concepto que denota regiones distintas al eje nor-atlántico (Europa y Norteamérica), caracterizadas por tener ingresos *per cápita* relativamente menores, históricamente subordinadas en términos de relaciones de poder global, y marginalizadas política y culturalmente (Dados y Connel, 2012).

En los últimos años Sudáfrica experimentó un declive de la imagen internacional positiva con la que contaba desde 1994, a causa de las dificultades domésticas y de ciertas decisiones y reveses en el plano internacional. Actualmente se hace referencia a Sudáfrica como “un país a la deriva” (Soto Gómez, 2017) y que sufre un “eclipse” o “desgaste” (Giaccaglia, 2019). El actual gobierno, bajo la presidencia de Cyril Ramaphosa, se propuso en su ascunción en 2018 encarar un “nuevo amanecer” para la política exterior del país (Hendricks y Majози, 2021) recuperando el “espíritu de Mandela” (Giaccaglia y Morasso, 2020).

### 3. La pregunta por las RRII Globales: el pensamiento africano y *ubuntu*

Recurrir únicamente al constructivismo sin apelar a la perspectiva global de las RRII implica desconocer formas diversas de agencia y fuentes para la creación y difusión de ideas y normas, como la historia y la cultura autóctona y los patrones de interacción regionales (Acharya, 2014). Para Acharya (2016) la clave para cualquier acercamiento a las RRII Globales es “incluir al resto”: acabar con la marginalización de las ideas, historia, voces y agencia no-occidentales y del Sur Global (p. 2). Tanto las identidades como el conocimiento en la política mundial son socialmente construidos en el contacto entre cosmovisiones diversas, algunas posicionándose como hegemónicas y otras como subalternas. En las RRII se observa una brecha entre la atención a regiones periféricas en tanto objeto de estudio y el reconocimiento de las contribuciones teóricas gestadas en esas regiones. Estas innovaciones pueden asumir la forma de adaptaciones de la teoría existente al contexto local, de superación del estado-centrismo, y de entendimientos alternativos del comportamiento de los estados periféricos (Smith, 2012).



Estos aportes no son necesariamente opuestos a las teorías tradicionales, y aunque pueden complementarlas y actualizarlas son generalmente desatendidas en favor de las enmiendas generadas en el mismo Norte Global (Smith, 2018). Karen Smith (2018) destaca la proliferación de voces críticas de la situación actual de la disciplina, que claman por la inclusión de voces no-occidentales y reclaman por la inaplicabilidad de ciertos conceptos para las realidades del Sur. El incipiente interés por atender estos cuestionamientos se debe en parte al creciente sentido de ansiedad en Occidente acerca de los cambios en marcha en el sistema internacional, ligados al ascenso de nuevos actores cuyo comportamiento y motivaciones las teorías existentes no consiguen explicar (Smith, 2018, p. 82).

Entre las contribuciones realizadas por la academia africana encontramos la revisión del concepto de “potencia media”, destinada inicialmente a aquellos países pertenecientes al Norte industrializado, pero con menores cuotas de poder que las grandes potencias (Smith, 2018). Esta categoría pierde valor analítico al ser usada indistintamente para referirse a potencias tradicionales como Canadá o los países nórdicos y a países del Sur como Sudáfrica, Brasil o Turquía. Las producciones académicas sudafricanas resultaron valiosas para revisar este concepto y su aplicabilidad para explicar la posición del país, moldeando así un nuevo concepto: el de “potencia media emergente”. Si bien la definición que exploramos más arriba es de una académica argentina (Giaccaglia, 2016), la contribución sudafricana al tema es sobresaliente (Smith, 2018).

Nuestra atención se centra en la incorporación de la visión de mundo colectivista como variable para el comportamiento de los estados del Sur Global, especialmente los africanos. El colectivismo se puede sintetizar en la expresión del grupo de lenguas nguni del África austral, *ubuntu* (Tieku, 2012). El *dictum* “yo soy porque nosotros somos” condensado en *ubuntu* se extiende también a otros pueblos y bajo otros términos en el continente (Gade, 2012).

La propuesta de incorporar la perspectiva colectivista enriquece el estudio de otras regiones del Sur Global. Esto nos remite a la propuesta de Acharya (2014) de incorporar los “mundos regionales”, las dinámicas y cosmovisiones específicamente regionales al estudio de sus realidades, en lugar de apelar exclusivamente a la teoría occidental, frente a las cuales las formas de pensar y actuar de las regiones periféricas pueden parecer “irracionales” (Smith, 2018; Acharya, 2014).

Cuando hablamos de *ubuntu* nos referimos a un concepto basado en el proverbio que dicta que “una persona es una persona a través de otras personas”, “yo soy porque nosotros somos”, “la esencia del ser humano” o “humanidad”, expresado en lenguas nguni como el zulú, el xhosa, el swati y el ndebele (Tieku, 2012; Smith, 2012). Arthur,

Isifo y Marfo (2015) sostienen que *ubuntu* es esencial para la unidad de la humanidad y enfatiza la importancia de referirse constantemente a los principios de empatía, perdón, compartir en un esfuerzo consciente para solucionar problemas comunes (p. 63). Podemos inferir la relevancia que revisten para el concepto las ideas de comunidad y de armonía dentro de los grupos humanos y entre ellos (Arthur *et al.*, 2015).

Esta noción adquirió fama mundial cuando el arzobispo Desmond Tutu la enaltecó como principio orientador de la Comisión de Verdad y Reconciliación (TRC, por sus siglas en inglés) establecida en Sudáfrica como parte del proceso de construcción de la paz tras el *apartheid*. En la TRC el recurso a la idea de *ubuntu* se volvió un paradigma de mecanismos autóctonos de resolución de conflictos, más propicios para garantizar la sostenibilidad de los procesos de paz. El esfuerzo de reconciliación social, basado en el reconocimiento de la violación de los derechos ajenos por parte de los perpetradores y el ejercicio del perdón por parte de los perjudicados, es esencial para el establecimiento de una paz duradera (Arthur *et al.*, 2015).

Para Qobo y Nyathi (2016) *ubuntu* es tanto una cosmovisión afro-céntrica como un marco conceptual afín al humanismo y al universalismo. No obstante, ni todos los valores positivos implicados en *ubuntu* son exclusivamente africanos, ni todo lo asociado a *ubuntu* debe ser acriticamente percibido como progresista en lo político y lo social. Los autores subrayan que frente al legado del *apartheid* *ubuntu* ofreció una contrafuerza en la forma de un marco normativo de pensamiento que colocó primacía en el no racismo, el no sexismo y la democracia, destacando la importancia de restaurar la dignidad humana (Qobo y Nyathi, p. 425).

La retórica de *ubuntu* puede inspirar la acción exterior de los países africanos, como sostienen Zondi (2014) y Qobo y Nyathi (2016), y puede reorientar los estudios de RRII hacia el rol de la moralidad en el comportamiento de los estados (Smith, 2012). Sin embargo, incluso entre los sudafricanos, ni la definición del término ni la percepción del lugar que ocupa en la sociedad son unívocas. Mientras algunas personas definen *ubuntu* como una cualidad moral que las personas y las comunidades tienen o no, relacionada a la hospitalidad y al perdón, otras lo entienden como una filosofía política anclada en el pensamiento tradicional africano (Gade, 2012).

Más allá de los matices de interpretación y de aplicación práctica de *ubuntu* en la política exterior, entendemos con Tiekú (2012) que la orientación colectivista inherente al concepto sirve como marco explicativo del comportamiento externo de los países africanos. La ontología individualista que subyace a las teorías occidentales mantiene al margen las prácticas y experiencias internacionales africanas, haciéndolas



parecer “irracionales” dentro de los marcos conceptuales del *mainstream*. Este individualismo epistemológico trata a las personas y a los Estados como una entidad independiente dotada de racionalidades soberanas, identidades, intereses, preferencias y creencias (Tieku, 2012, p. 38). En el marco de dicha racionalidad todos los Estados tendrían las mismas preocupaciones materiales: la seguridad e integridad territorial, el poder militar, el dominio económico y el prestigio internacional (Tieku, 2012).

Por el contrario, en las sociedades influidas por el colectivismo la independencia de los individuos frente a la sociedad y el Estado es más débil, y otro tanto puede decirse de los Estados atravesados por prácticas colectivistas respecto a las preferencias grupales de la región. Como consecuencia de esta perspectiva, estas sociedades valoran la armonía grupal y las demostraciones públicas de unidad entre los miembros del grupo, más allá de lo superficial que esa armonía pueda ser en privado (Tieku, 2012, p. 41), aunque hayan podido incorporar puntos de vista individualistas por el contacto con actores ajenos al colectivo. En las relaciones internacionales africanas, la impronta colectivista se refleja en la tendencia a la búsqueda de decisiones consensuadas para el ámbito continental, el compromiso con la solidaridad pan-africana y la defensa de posiciones grupales frente a terceros, aspectos observables en organismos como la Unión Africana (UA) (Tieku, 2012).

El comportamiento colectivista encarnado por la noción de *ubuntu* puede entrar en tensión con principios liberales que también orientan la política exterior de Estados como Sudáfrica (Geldenhuis, 2012). Sin hacer un juicio de valor al respecto de estas tensiones, observaremos cómo la identidad internacional de Sudáfrica se encuentra permeada por una visión de mundo específicamente africana. Si la misma no es apreciada como marco explicativo, corremos el riesgo de llegar a conclusiones parciales que se reducen a la ambigüedad, incoherencia o irracionalidad del comportamiento del país.

#### 4. La política exterior pos-*apartheid* desde el constructivismo

El régimen del *apartheid* se instauró en Sudáfrica con el ascenso del gobierno del Partido Nacional, de orientación supremacista, en 1948. En el marco de esta política, el gobierno dividió a los habitantes sudafricanos en categorías raciales en un orden de jerarquía y con derechos distintos, ubicando a la minoría numérica blanca en el tope de la pirámide. La población negra, aunque mayoritaria, fue destinada a habitar una porción ínfima del territorio en áreas denominadas “reservas”, y sus derechos

civiles, políticos y económicos eran cercenados en favor de la continuidad de la dominación blanca. Las prestaciones e infraestructuras públicas respondían asimismo a la segregación racial (Arthur *et al.*, 2015).

Sin entrar en los pormenores de las décadas de políticas de segregación podemos señalar que la herencia del régimen instaurado en 1948 fue el de una profunda inequidad socio-económica basada en la discriminación racial (Qobo y Nyathi, 2016). Frente a este panorama el gobierno del ANC desarrolló una nueva Constitución que garantizaba la igualdad de derechos y diseñó estrategias tendientes al alivio de las disparidades de la sociedad sudafricana bajo el Programa de Reconstrucción y Desarrollo (RDP, por sus siglas en inglés). A las facetas jurídica y material del proceso de construcción de la paz se agregó una faceta simbólica y cultural encarnada en la TRC (Arthur *et al.*, 2015).

Sudáfrica se encontraba marginada del sistema internacional en virtud de las críticas al abuso de derechos humanos en el país. En el contexto regional, era vista como un país abusivo y un baluarte de la dominación colonial. Geldenhuys (2012) señala que la Sudáfrica del *apartheid* era un “Estado aislado”. Sudáfrica experimentó desde 1994 una doble transición que incluía su salida del régimen del *apartheid* y su entrada a un contexto internacional surcado por el fin de la Guerra Fría y el advenimiento del orden unipolar (Van Wyk, 2004). Estos cambios domésticos y sistémicos exigieron una reconstrucción de la identidad sudafricana frente al escenario internacional. Una característica de la Sudáfrica pos-*apartheid* fue el apoyo recibido por la comunidad internacional en contrapartida a los años de aislamiento experimentados durante el régimen racista, sin registrar un aumento proporcional de sus capacidades tangibles (Gqiza y Ogunnubi, 2019).

El ANC es el partido gobernante desde las elecciones generales de 1994 en Sudáfrica. Se trata del movimiento de liberación más antiguo del continente, ahora reconvertido en partido de gobierno y participante en elecciones competitivas (Lechini, 2016). En esa ocasión fue electo Nelson Mandela como presidente y tanto Thabo Mbeki, del mismo ANC, como Frederik de Klerk del Partido Nacional gobernante durante el régimen del *apartheid*, como vicepresidentes, en un esquema de gobierno de unidad nacional (Barber, 2005).

La construcción de esta nueva identidad se enarbó en torno a una serie de principios subrayados por el Departamento de Asuntos Exteriores (DFA, por sus siglas en inglés): la promoción de la democracia y los derechos humanos, la justicia y el derecho internacional en la conducción de las relaciones entre Estados, la paz internacional y los mecanismos internacionalmente acordados para la resolución de conflictos, el lugar de África en los asuntos globales, y el desarrollo económico a

través de la cooperación regional e internacional (Van Wyk, 2004). Más allá de la construcción que hace Sudáfrica de su propia identidad, hay expectativas externas y roles impuestos que operan en la toma de decisiones del país desde 1994. Entre estos “roles sociales” (Wendt, 1992), Van Wyk (2004) recupera algunos roles impuestos externamente sobre Sudáfrica. Estos incluyen su rol de “pródigo” (en alusión al “regreso triunfante” del país a la comunidad internacional y la simpatía con la que fue recibido), de “potencia media emergente” (de la que se espera la generación de iniciativas a nivel bilateral, regional y multilateral), de “constructor de puentes” (entre el mundo en desarrollo y los centros de poder global), y de “gigante regional” (Van Wyk, 2004).

Estas expectativas fueron asumidas por el gobierno de Pretoria, pero a lo largo de los años de liderazgo del ANC tanto los principios orientadores del comportamiento exterior sudafricano como las responsabilidades asumidas por el país y las impuestas por otros actores experimentaron momentos de tensión. A continuación, vamos a observar esta dinámica de roles y expectativas asumidas en el comportamiento de los sucesivos gobiernos del ANC, entre los que, pese a ciertos ajustes, se registra la continuidad del partido de gobierno y sus principios orientadores (Gqiza y Ogunnubi, 2019).

200

## 5. Mandela, la identidad basada en la “autoridad moral”

El de la República de Sudáfrica es un caso modelo de transición pacífica, de un régimen segregacionista a una democracia inclusiva sin distinciones étnicas, así como de una situación de aislamiento a una de liderazgo y activismo internacional. Al consumarse la transición en 1994, se esperaba que Sudáfrica se convirtiera en un “ciudadano global responsable” cuyos principios de comportamiento doméstico y exterior fueran la defensa de los derechos humanos, la democracia y el desarrollo (Lechini, 2016; Marthoz, 2012).

Como parte de sus aspiraciones de poder medio emergente, Sudáfrica exhibe afinidad con el multilateralismo, en tanto herramienta contra el manejo hegemónico de los asuntos globales y a favor de arreglos colaborativos en lugar de competitivos (Giaccaglia, 2016). Con el ascenso de Mandela, Sudáfrica se incorporó al G-77, la Comunidad del Desarrollo del África Austral (SADC, por sus siglas en inglés) y a la Organización de la Unidad Africana (OAU, por sus siglas en inglés). Para 1996, Sudáfrica contaba con 124 representaciones diplomáticas en el mundo, mientras en 1990 tenía 30 (Barber, 2005). Sudáfrica se aproximó a gobiernos que fueron aliados

del ANC en su lucha contra el *apartheid*, independientemente de sus registros en materia de derechos humanos, perfilándose la “lealtad a los viejos amigos” como un aspecto central del comportamiento sudafricano (Geldenhuys, 2012).

El activismo multilateral sudafricano bajo Mandela se reflejó en los procesos de Ottawa (contra las minas antipersonales) y Kimberley (contra los “diamantes de sangre”), en la aprobación del Estatuto de Roma y la ratificación del Tratado de No Proliferación Nuclear. Sudáfrica fue anfitriona de varios encuentros de alto nivel durante este período, entre los que se incluyen la novena Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés) de 1996, y la Cumbre de No Alineados de 1998. En todos estos escenarios, Sudáfrica se arrogó el papel de “intermediario” entre los países del centro y de la periferia global, sosteniendo la solidaridad africana como guía de sus esfuerzos (Cilliers, 2017). En el caso de Mandela, el anclaje normativo y la reivindicación de valores morales, condujeron a una política exterior “idealista” y “ética”. Ese enfoque pronto enfrentó a Sudáfrica con la dificultad de sostener sus roles autopercebidos y los esperados globalmente, lo cual obligaba a reivindicar continuamente el respeto a las normas internacionales para legitimar sus acciones (Van Wyk, 2004).

Los éxitos sudafricanos a nivel global no tendrían inicialmente correlato en el espacio regional, debido el escaso compromiso de los vecinos con los valores internacionales defendidos por Sudáfrica y al recelo frente al poder material de este país, sin un actor que ejerciera contrapeso en la región (Cilliers, 1999). Pese a esas fricciones, “Mandela había declarado que la reconstrucción de la región sería una empresa colectiva, donde Sudáfrica compartiría las responsabilidades con espíritu de respeto y no paternalista” (Lechini, 2016, p. 143). En este marco resalta la percepción de que Sudáfrica necesita de la mejora de las condiciones económicas africanas como parte de su propia agenda de desarrollo: para Mandela, Sudáfrica no podría ser “una isla de riqueza en un mar de pobreza” (Lechini, 2016).

El entusiasmo inicial entró en colisión con las tensiones experimentadas entre la agenda de derechos humanos y democratización, propuesta por Sudáfrica y el recelo de sus vecinos africanos. Cilliers (1999) señala que la “nueva identidad” de política exterior confrontó a Sudáfrica con una compleja realidad africana y con serios desafíos institucionales. Para el autor, la política exterior del primer gobierno pos-*apartheid* fue por momentos excesivamente optimista e ingenua, y sobrestimó el potencial sudafricano de generar cambios en sintonía con las banderas de la democracia y los derechos humanos en una región surcada por conflictos que estaban escalando. El argumento de Cilliers (1999) es que ya a fines del gobierno de Mandela era evidente la ambigüedad en el comportamiento exterior de Sudáfrica. La

contradicción inicial radicaba en el recurso a parámetros del Primer Mundo para lidiar con los regímenes dictatoriales o de partido único de la región subsahariana, subestimando al mismo tiempo las propias dificultades sudafricanas, en el persistente legado de disparidades del *apartheid*.

Una demostración destacada en este sentido fue la controversia con Nigeria por las ejecuciones extrajudiciales perpetradas por el gobierno de Sani Abacha, dictador que no contaba con lazos de amistad previos con el ANC (Gqiza y Ogunnubi, 2019). Otro ejemplo es la polémica en torno a la intervención armada en Lesotho (1998), bajo mandato de SADC, que continuó siendo un espacio de pujas de poder con Zimbabwe, pese a los esfuerzos sudafricanos de preservar la solidaridad regional en detrimento de su propio liderazgo. Por último, Cilliers (1999) destaca el fracaso de la mediación en la Primera Guerra del Congo (1996-1997), en la que los “mantras” referidos a la instalación de gobiernos de unidad nacional, reconciliación y procesos políticos inclusivos, mostraron sus primeros límites. Al contrario, el proceso de pacificación en Burundi abrevó exitosamente en esos principios (Cilliers, 1999).

## 6. Mbeki, la consolidación como emergente y la tensión en materia de derechos humanos

Las suspicacias regionales contrastaron rápidamente con la identidad de “ciudadano global responsable” de Sudáfrica. Pretoria se vio obligada a comportarse con cautela y no asumir un rol demasiado activo en las iniciativas continentales, para mantener a raya esos temores y tensiones con líderes continentales (Cilliers, 1999). El “Renacimiento Africano”, formulado por Thabo Mbeki en su calidad de vicepresidente, representó la respuesta estratégica a la posición preponderante de Sudáfrica en el África subsahariana. Dicho liderazgo evidenció obstáculos iniciales debido a la escasa adscripción africana a las instituciones multilaterales, y a la falta de recursos reales de Sudáfrica para sostener iniciativas frente a los desafíos regionales bajo los principios de democracia y desarrollo (Cilliers, 1999).

El prestigio internacional alcanzado por Mandela permitió que Mbeki avanzara en su agenda africana y su agenda Sur-Sur. Todo ello acercándose también a Occidente, en la forma de una “reconciliación estratégica” (Lechini, 2016) para lograr apoyo para las iniciativas de reforma global y de desarrollo continental enmarcadas en el “Renacimiento Africano”. Se buscó el acercamiento con otros emergentes procurando la reforma del orden internacional y sus instituciones, sobre todo del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Ello queda evidenciado en el agrupamiento IBSA, creado en 2003, que reúne a Sudáfrica, Brasil

e India (Cilliers, 2017).

Si bien la promoción de la democracia como principio rector continuó presente, el énfasis colocado en elementos como el afro-centrismo y el antiimperialismo acabó ocluyendo la primacía de las expectativas democratizadoras. Por otro lado, el desarrollo socio-económico se volvió el objetivo principal de la estrategia sudafricana (Gqiza y Ogunnubi, 2019). Esto impulsó el rol de Sudáfrica como promotor de instituciones regionales en las que se pudieran discutir y acordar normas orientadas al desarrollo y la estabilidad regional, incluyendo negociaciones con el Primer Mundo y poderes emergentes del Sur Global (Marthoz, 2012).

El rol de “constructor de puentes” asumido por Sudáfrica se caracterizó por la oficialización de varias iniciativas multilaterales. Entre ellas se destacan la mencionada fundación de IBSA, la participación sudafricana en el G-20 de países en vías de desarrollo en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC), y la incorporación al llamado G-20 financiero. Continuando con la práctica de hospedar cumbres internacionales, Sudáfrica organizó la Conferencia contra el Racismo en 2001 y la Cumbre Mundial para el Desarrollo Sostenible de 2002. Sudáfrica fue elegida para su primer período no permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, ejercido entre 2008 y 2009 (Gqiza y Ogunnubi, 2019).

Una característica del gobierno de Mbeki fue el interés en la creación, reforma y ampliación de instancias regionales, bajo la premisa de buscar “soluciones africanas a problemas africanos” (Marthoz, 2012). La ministra de Asuntos Exteriores del gobierno de Mbeki, Nkosazana Dlamini-Zuma, sostenía que “como africanos debemos proponernos como principal desafío la transformación de nuestro continente” (2001, en Van Wyk, 2004, p. 114). Esto se evidencia en la reconversión de la OAU en UA, cuya primera cumbre sucedió en la ciudad de Durban en el año 2002. Sudáfrica impulsó la creación de la Nueva Alianza para el Desarrollo Económico de África (NEPAD, por sus siglas en inglés) el Mecanismo Africano de Revisión de Pares (APRM, por sus siglas en inglés) y el Fondo del Renacimiento Africano (ARF, por sus siglas en inglés) (Isike y Madise, 2020). Estas últimas propuestas fueron criticadas por su supuesto contenido neoliberal y la supuesta falta de “africanidad” del enfoque de derechos humanos del APRM (Marthoz, 2012).

La actividad sudafricana continuó atendiendo a su rol como mediadora en escenarios conflictivos, enviando tropas a misiones de paz de la ONU y la UA y auspiciando acuerdos bajo los términos de su propia experiencia de construcción de la paz: la creación de gobiernos de unidad nacional, de comisiones de verdad y reconciliación, y la incorporación de principios como la no discriminación y el no sexismo en los planes de reconstrucción. El gobierno de Mbeki patrocinó las



conversaciones de paz de la Segunda Guerra del Congo, que finalizó con la firma del Acuerdo Global e Inclusivo de Pretoria en 2002, para la pacificación de la República Democrática del Congo (Barber, 2005).

Sudáfrica mejoró sus vínculos con Nigeria tanto a nivel político como económico, y Mbeki asumió una actitud permisiva respecto a Robert Mugabe, apostando por la resolución de los asuntos internos de Zimbabwe por parte de sus propios habitantes. Mbeki estaba atrapado entre la presión occidental que condenaba a Mugabe por sus prácticas crecientemente autoritarias, el efecto doméstico que podría conllevar una actitud más expeditiva (teniendo en cuenta que Mugabe era un símbolo de la lucha anticolonial en África y contaba con una valoración positiva en la ciudadanía sudafricana), y el principio de solidaridad africana (Barber, 2005). Mbeki apeló a una “diplomacia silenciosa”, de bajo perfil (Alden y Le Pere, 2004), que generó inquietudes respecto al compromiso sudafricano en materia de derechos humanos, frente al cual Mbeki y el ANC habrían priorizado la solidaridad africana y la lealtad hacia líderes de movimientos de liberación nacional. En el lenguaje de ciertos autores, estos últimos principios disfrazan un problema de “solvencia” (Marthoz, 2012), de incapacidad de sostener el discurso de derechos humanos, o una actitud pragmática por parte de Pretoria (Le Pere, 2017).

## 7. Zuma, ¿el declive de la identidad construida?

La salida de Mbeki de la presidencia sudafricana se dio en el marco de serias convulsiones al interior del ANC. Su ex vicepresidente, Jacob Zuma, sobre quien recaían denuncias penales, había sido apartado del cargo en 2005 por iniciativa del propio Mbeki. Luego, la facción representada por Zuma cobró fuerza y forzó la retirada anticipada de Mbeki. Tras un gobierno interino de Kgalema Motlante, Zuma toma posesión de la presidencia sudafricana tras triunfar en las elecciones generales de 2009 (Giaccaglia, 2019).

El inicio del gobierno de Zuma generó entusiasmo entre quienes esperaban una reactivación del compromiso sudafricano con los derechos humanos. La retórica de la administración Zuma dio continuidad a la preocupación por el progreso africano, la cooperación Sur-Sur, las relaciones maduras y estratégicas con el Norte Global, la reforma de la gobernanza internacional y la diplomacia económica (Gqiza y Ogunnubi, 2019). Estos principios se condensaron en el *White Paper* de política exterior sudafricana, titulado “*Building a better world: the diplomacy of Ubuntu*”. Durante el gobierno de Zuma el DFA se convirtió en el Departamento de Relaciones Internacionales y Cooperación (DIRCO, por sus siglas en inglés) (Lechini, 2016).

En esta gestión se registró un palpable acercamiento de Sudáfrica a la República

Popular China, cristalizado en la Asociación Estratégica Integral firmada entre ambos países en 2010. Este vínculo tuvo como consecuencia la incorporación de Sudáfrica al grupo de potencias emergentes constituido por Brasil, Rusia, India y China (BRIC) que prometía ejercer un rol reformador, sino disruptivo, del orden internacional (Cilliers, 2017). Este hecho suscita diversas interpretaciones. Marthoz (2012) entiende que Sudáfrica acabó colocándose en el grupo como un “eslabón débil”, en el marco de un “proyecto de vanidad” e intentando “golpear por encima de su peso”. Soto Gómez (2017) opina que el acercamiento a potencias críticas del orden liberal como Rusia o China significó una pérdida de prestigio internacional para Sudáfrica. En cambio, según Lechini (2016), este alineamiento con potencias emergentes, contrahegemónicas y del Sur, representó para Sudáfrica “ponerse un traje que le queda grande” pero que le da mayor visibilidad internacional. En palabras de Giaccaglia (2019), el hecho “reafirmó la imagen del país como articulador del continente africano con el resto del mundo” (p. 81). El foro traía al centro de la escena un renovado énfasis en la soberanía, la no injerencia en asuntos internos de los Estados, y el Estado desarrollista, que convivió con la pérdida de entusiasmo frente a conceptos como la “soberanía como responsabilidad” y la “responsabilidad de proteger” (Cilliers, 2017).

Zuma consiguió la investidura de Nkosazana Dlamini-Zuma como directora de la Comisión de la UA en 2012, y la elección para un nuevo período en el Consejo de Seguridad de la ONU entre 2011 y 2012. Sin embargo, en el marco de la UA, el país fue objeto de agenda en 2015, debido a los hechos de violencia xenofóbica ejercida contra inmigrantes de otros países del continente (Cilliers, 2017). Resalta su mediación en Burundi y su participación, bajo mandato de SADC y la UA en Madagascar, Lesotho y Libia, y se registraron acciones “detrás de escena” para facilitar contactos entre fuerzas en disputa en Mozambique y Sudán del Sur (Cilliers, 2017). En sus intervenciones en conflictos regionales, no obstante, fue aguda la crítica basada en las sospechas de que las fuerzas de paz enviadas por Sudáfrica estaban destinadas más a la protección de intereses económicos individuales de sudafricanos que a la promoción de la paz y la democracia. Ello contribuyó al planteo de denuncias de corrupción y captura del Estado contra Zuma y sus allegados (Gqiza y Ogunnubi, 2019).

Otro episodio que sobresale en relación a escenarios conflictivos fue el voto favorable a la controversial Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU sobre la situación en Libia en 2011. Sosteniendo su condena a la intervención de grandes poderes en asuntos internos del continente, pero también afirmando su compromiso con los principios de no indiferencia y de responsabilidad de proteger,

Sudáfrica otorgó su voto afirmativo a la operación bajo mandato del Consejo. Esta misión, como denunció luego el gobierno sudafricano, derivó en extralimitaciones y abusos por parte de Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en territorio libio (Marthoz, 2012).

A nivel global, otro momento de cuestionamiento al gobierno sudafricano fue la omisión de las responsabilidades asumidas frente a la Corte Penal Internacional (CPI), por no arrestar al presidente sudanés Omar al-Bashir. Sobre el mandatario pesaba un pedido de captura expedido en 2009 por la CPI bajo los cargos de crímenes de guerra y de lesa humanidad cometidos en el conflicto de Darfur. Al-Bashir asistió a la Cumbre de la UA realizada en Johannesburgo en 2015, y no fue aprehendido por las fuerzas de seguridad sudafricanas. La justicia sudafricana condenó la actitud del ejecutivo, que al intentar la retirada del país de la CPI se encontró con una declaración de inconstitucionalidad expedida por la Corte Suprema de Justicia. Con ello, Sudáfrica se mantuvo en la organización, a pesar de la fricción suscitada (Cilliers, 2017).

A estos escenarios externos se agregaron las dificultades domésticas, la desigualdad, el desempleo, hechos de represión policial y la recesión económica (Soto Gómez, 2017). En lo que respecta a la agenda exterior la orientación ha perdido claridad y se cuestiona el alejamiento de los preceptos constitucionales y del *White Paper*. En palabras del ex director del DIRCO, Siphon Pityana: “Nadie sabe dónde estamos parados, cuál es nuestra visión del sistema internacional” (en Cilliers, 2017, p. 16)<sup>2</sup>.

## 8. Ramaphosa, la necesidad de revisar roles e identidades

La llegada de Cyril Ramaphosa al poder tras la escandalosa salida de Jacob Zuma, asediado por las denuncias de corrupción, incluyó la promesa un “nuevo amanecer” para la política exterior. Encabezando el ejecutivo desde febrero de 2018, Ramaphosa, quien fuera previamente vicepresidente de Zuma, asumió tras un cuarto de siglo de política exterior caracterizada por la continuidad de objetivos, pero con cambios de énfasis y forma de aplicación (Hendricks y Majazi, 2021). Los principios orientadores destacados por Ramaphosa son los mismos que sus antecesores, lo cual permite inferir que existe una voluntad de mantener una identidad estable. El objetivo de la política exterior sería reposicionar a Sudáfrica a nivel global y regional tras los años de merma en su prestigio internacional. Para las autoras, Sudáfrica tiene la

<sup>2</sup> Traducción propia.

oportunidad aún vigente de ubicarse como un creador de normas y de agenda (Hendricks y Majosi, 2021).

La nueva administración, en palabras de la ministra de Relaciones Internacionales y Cooperación, Lindiwe Sisulu, reconoce que Sudáfrica supo ser un importante actor internacional con una reputación bien conocida: “Queremos que Sudáfrica vuelva a ser una brújula moral y una voz de la razón en un mundo cada vez más sobrepasado por intereses egoístas y estrechos” (Sisulu, 2018, en Hendricks y Majosi, 2021, p. 66)<sup>3</sup>. Se trata de recuperar “el espíritu de Mandela” (Ramaphosa, 2018), de ejercer los roles asumidos desde 1994 y consolidar esa construcción identitaria. Es un serio desafío, considerando el “eclipse” que atraviesan poderes emergentes como Sudáfrica (Giaccaglia, 2019).

Con respecto a BRICS ya hay muestras de que, pese a la recuperación del lenguaje de derechos humanos en la retórica de Ramaphosa, Sudáfrica continúa acompañando a sus pares del bloque en instancias multilaterales. Esto quedó demostrado en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU, donde Sudáfrica, en su tercer período en dicho organismo (2019-2020), defendió los puntos de vista de China y Rusia respecto a la situación de la democracia y los derechos humanos (Giaccaglia y Morasso, 2020).

Pese al diagnóstico de merma de la imagen internacional sudafricana, el país continúa ubicándose en el primer puesto del *Good Country Index* y del Índice de Presencia Global, si solamente se consideran países africanos (Giaccaglia y Morasso, 2020). En lo que respecta a los asuntos continentales, Ramaphosa presidió la UA entre febrero de 2020 y febrero de 2021, coincidiendo con el estallido de la pandemia del COVID-19 y con la puesta en marcha del Área Continental Africana de Libre Comercio (AfCFTA, por sus siglas en inglés). Ramaphosa asumió un rol protagónico en estas cuestiones, lo cual se hizo especialmente palpable con la propuesta del *waiver* sanitario en la OMC junto a la India (Zarocostas, 2021). Es pronto para evaluar los efectos de la preocupación de Ramaphosa por restablecer los roles de Sudáfrica, pero para Hendricks y Majosi está claro que, si Sudáfrica quiere reafirmarse, debe ofrecer visiones alternativas, políticas y prácticas que puedan proporcionar más soluciones sustentables a los desafíos actuales (2021, p. 66). Los problemas domésticos continúan marcando el paso de la inserción sudafricana en el mundo, con los problemas judiciales dentro del ANC y la represión policial como factores especialmente preocupantes, como demuestran los violentos hechos de julio de 2021.

<sup>3</sup> Traducción propia.

## 9. *Ubuntu* en la política exterior del ANC ¿derechos humanos o solidaridad africana?

Como observamos en este recorrido sobre los roles asignados y asumidos por Sudáfrica, y las contradicciones que condujeron a un desgaste de su imagen internacional, la construcción de la identidad sudafricana desde 1994 es un objeto de estudio problemático. Para Van Wyk (2004), la política exterior “ética” de Sudáfrica se mueve entre dos ejes que suelen entrar en tensión. Se trata de una corriente “radical” de solidaridad panafricanista que relaciona los derechos humanos con la reparación de las injusticias del orden global, y una corriente “pragmática” en la que se promueven la democratización, los derechos humanos y la liberalización comercial como clave para la incorporación sudafricana a la economía global (Van Wyk, 2004, p. 119). En sintonía, Lechini (2016) señala que existe un debate entre los “viejos idealistas” y los “nuevos pragmáticos”. Son las circunstancias internacionales y domésticas las que inclinan la balanza en favor de uno u otro grupo (Lechini, 2016). Nuestra propuesta es incorporar el enfoque colectivista condensado en la noción de *ubuntu*, para complementar las explicaciones constructivistas aplicadas al comportamiento sudafricano. Creemos que de esta forma podemos aportar una explicación válida de lo que aparece como contradicción y como incoherencia en la identidad internacional de Sudáfrica.

El concepto de *ubuntu* fue planteado como principio orientador del proceso de reconciliación en la Sudáfrica pos-*apartheid* (Arthur *et al.*, 2015), así como de su comportamiento internacional bajo los gobiernos del ANC, en la medida en que los valores y prácticas domésticas se proyectan a la política exterior (Qobo y Nyathi, 2016). Isike y Madise (2020) plantean la posibilidad de que los poderes emergentes no occidentales adopten en su comportamiento premisas, filosofías y valores autóctonos en conjunto con las teorías del *mainstream* de las RRII. Por su parte, Tiekou (2012) propone recurrir a este concepto como herramienta teórica que revela una visión de mundo colectivista en las relaciones internacionales africanas, desatendida por la epistemología individualista occidental. El mencionado *White Paper* de política exterior oficializado en 2011 reconoce que esta noción ha jugado un rol central en el establecimiento de una conciencia nacional sudafricana, y en su proceso de transformación democrática y de construcción nacional. El enfoque único de Sudáfrica a los asuntos globales ha encontrado su expresión en el concepto de *ubuntu*. Este concepto inspira nuestro particular acercamiento a la diplomacia y moldea nuestra visión de un mundo mejor para todos (DIRCO, 2011, p. 4).

Por último, el *White Paper* manifiesta que “en un mundo incierto, caracterizado

por la competencia de valores, la diplomacia de *ubuntu* de Sudáfrica, enfocándose en nuestra humanidad común, provee una visión de mundo inclusiva y constructiva para moldear el orden global en evolución” (DIRCO, 2011, p. 36). A diferencia de las nociones que remarcan la competencia y la acumulación de poder, *ubuntu* defiende la coexistencia armónica entre naciones basándose en la dependencia mutua, priorizando la persuasión a partir de intereses comunes, el diálogo y la pluralidad de ideas. La filosofía de *ubuntu* implica que el poder está fundado en el consenso comunitario y la idea de destino compartido, a diferencia de la cosmovisión occidental anclada en el raciocinio individual (Isike y Madise, 2020). En palabras de la ministra Nkoana-Mashabane (2011) “el mundo está experimentando la necesidad práctica de realizar un cambio de paradigma filosófico 'del poder a la asociación' en las relaciones internacionales” (párr. 64)<sup>4</sup>.

Isike y Madise (2020) entienden que a través de la diplomacia de *ubuntu*, Sudáfrica define su historia y fundamenta su identidad nacional, que proyecta hacia el resto del mundo” (p. 7). Así, Pretoria se posicionaría frente al sistema internacional definiendo sus vínculos con África y el Sur Global, en una relación que no requiere el subdesarrollo ajeno en favor de la prosperidad propia. *Ubuntu* impregna el comportamiento exterior de Sudáfrica desde 1994 a la luz de la ampliación de sus contactos con países con diversos sistemas de gobierno y valores, tanto del Norte como del Sur Global, en una muestra de universalismo que puede rastrearse en la naturaleza no discriminatoria de *ubuntu* (Isike y Madie, 2020). Para Le Pere (2017), Soto Gómez (2017) y Qobo y Nyathi (2016), por el contrario, el estrechamiento de lazos de Sudáfrica con gobiernos dictatoriales o cuyo registro en materia de derechos humanos es condenable, representa un alejamiento de la idea de *ubuntu*. La concreción de la retórica de *ubuntu* en la política exterior sudafricana requiere, para estos autores, de un estricto apego a la defensa y promoción de los derechos humanos.

Como filosofía colectivista y afín a la búsqueda de consensos, *ubuntu* guarda relación con el multilateralismo. Para Qobo y Nyathi (2016) el multilateralismo es una herramienta predilecta para equilibrar la toma de decisiones a nivel global, contraponiendo el principio realista de distribución del poder con un principio de paridad. Según Le Pere (2017), para desafiar el orden internacional basado en jerarquías de poder entre los Estados es necesario apartarse y cuestionar los clásicos postulados realistas. Los llamados poderes emergentes discuten el orden establecido exigiendo una revisión que establezca mayores grados de igualdad respecto a las potencias tradicionales. En el caso de Sudáfrica, la erosión de las bases éticas y sus

<sup>4</sup> Traducción propia



efectos en la aplicabilidad del principio de *ubuntu* perjudica el mantenimiento de una identidad y de una imagen positivas, y limita su capacidad de influir en dicha puja normativa (Le Pere, 2017).

Ahora bien, la propuesta del enfoque colectivista presentada por Tiekú (2012) no equipara *ubuntu* con derechos humanos, sino con una forma de comportamiento internacional independiente (aunque no necesariamente opuesta) a dichos ideales éticos. Para Tiekú (2012), a través de *ubuntu* se explica el comportamiento de la UA y sus miembros, como Sudáfrica, frente a la condena de Omar al-Bashir por parte de la CPI. Lo mismo puede decirse del recurso a la “diplomacia silenciosa” frente a la situación de abuso de derechos humanos y autoritarismo en Zimbabwe (Smith, 2012). En los sucesivos gobiernos, Sudáfrica manifestó ciertos recelos frente a las instituciones de Occidente y promovió la creación de “soluciones africanas” consensuadas en la UA. En cuanto marco interpretativo, *ubuntu* tendría más que ver con la solidaridad entre Estados africanos y del Sur Global que con el respeto de derechos individuales (Smith, 2012).

En el contexto africano, según Tiekú (2012) el alejamiento de un actor respecto de las decisiones tomadas por la comunidad redundará en su aislamiento. El autor apunta que, al nivel internacional, la perspectiva colectivista de África ha alentado la toma de decisiones consensuada, ha fomentado el pensamiento grupal y ha generado la poderosa norma de solidaridad panafricana en el sistema internacional africano (Tiekú, 2012, p. 42). La manifestación de desacuerdo frente a los consensos alcanzados en el escenario africano, o la crítica pública de un gobierno a otro, representaría una ruptura de la normativa colectivista. Este enfoque responde a una construcción social de prácticas culturales que se condensan en el *dictum* de “yo soy porque nosotros somos”, o sea, *ubuntu* (Tiekú, 2012).

Desde este enfoque, el gobierno de Zuma se habría comportado en consonancia con el consenso logrado en la UA en 2009 contra la condena de la CPI sobre al-Bashir. En calidad de mediador en Sudán, Mbeki se había pronunciado de forma crítica frente a la sentencia de la CPI. Sudáfrica se hallaba implicada en esfuerzos de mantenimiento y construcción de la paz y de mediación en el conflicto sudanés (Geldenhuys, 2012). El gobierno sudafricano señalaba que la sentencia interrumpía los esfuerzos de pacificación llevados adelante por la UA, y que la CPI mostraba un sesgo “racista” que sólo procesaba a líderes africanos (Gqiza y Ogunnubi, 2019).

La perspectiva colectivista explicaría las críticas regionales al gobierno de Mandela, por su actitud frente a la dictadura de Sani Abacha en Nigeria. Por otro lado, la vehemencia de la crítica de Mandela se podría explicar por la ausencia de vínculos de amistad entre Abacha y el ANC, cuya existencia hubiera implicado un lazo de

lealtad que merecería respeto en el comportamiento de Sudáfrica (Geldenhuys, 2012). La lealtad y la solidaridad hacia los vecinos del continente adquirieron un tinte francamente antiimperialista durante el gobierno de Mbeki, quien hizo explícita una visión de mundo dividida entre dominantes y dominados y en el que “el enriquecimiento de Occidente fue basado en el empobrecimiento de África” (2003, en Geldenhuys, 2012, p. 33). Esta postura guardaría afinidad con la noción de *ubuntu* y se relaciona con el llamado de Mandela a evitar una Sudáfrica rica rodeada de pobreza en el continente (Lechini, 2016). El ejemplo más reciente de esta adscripción a la filosofía *ubuntu* es el reclamo de Ramaphosa por un *waiver* de patentes farmacéuticas en el ámbito de la OMC y por el alivio de la deuda externa de los países africanos, ambas compatibles tanto con el enfoque colectivista como con la perspectiva de derechos humanos anclada en *ubuntu* (Schiro, 2021).

Como síntesis de este apartado, podemos decir que la evaluación de la coherencia o alejamiento por parte de Sudáfrica respecto a *ubuntu* dependerá de la interpretación que hagamos de dicha noción. Por un lado, la literatura nos muestra una relación estrecha entre *ubuntu* y los derechos humanos, según la cual la actitud de Sudáfrica se habría alejado progresivamente de este principio ético (Qobo y Nyathi, 2016; Le Pere, 2017; Soto Gómez, 2017). Por otro lado, en cuanto condensación del enfoque colectivista como marco de análisis para entender las relaciones internacionales africanas, el gobierno de Sudáfrica habría mostrado coherencia y afinidad con la filosofía *ubuntu* (Smith, 2012, 2018; Isike y Madise, 2020; Tiekou, 2012).

211

## 10. Conclusiones

El sistema internacional es una construcción en la que los actores intervinientes entablan interacciones en las que se definen continuamente sus identidades e intereses. Sin embargo, creemos necesario reconocer las fuentes que orientan esas interacciones y frente a las que el *mainstream* occidental de las RRII no puede o no quiere ofrecer explicación. Por ello, este trabajo se funda en la propuesta de una perspectiva de RRII Globales que recupere aportes no occidentales a la disciplina y al comportamiento de sus objetos de estudio, sin rechazar con esto las herramientas teóricas producidas en Occidente, sino poniéndolas en diálogo. Sudáfrica asume varias identidades tanto a nivel global como en el contexto africano, y las dinámicas globales no necesariamente coinciden con las dinámicas regionales (Acharya, 2014). El objetivo de este trabajo no ha sido establecer un juicio de valor en el que una perspectiva sobre *ubuntu* (como principio ético ligado a los derechos humanos o como marco de acción para la solidaridad africana) sea más válida que la otra. No intentamos justificar o hacer apología de ciertas decisiones de política exterior en

Sudáfrica ni negar la validez del ideario liberal-occidental para el contexto africano. En cambio, creemos que además de analizar el devenir de la política exterior sudafricana en clave constructivista, poner sobre la mesa el enfoque colectivista hecha luz sobre el comportamiento sudafricano. El enfoque colectivista complementa al enfoque constructivista porque ayuda a explicar otros roles y principios de la política exterior sudafricana, que pueden aparecer en tensión con la identidad de Sudáfrica como potencia abanderada de los derechos humanos.

Como señalamos anteriormente, no toda referencia a *ubuntu* debe ser entendida automáticamente como apego a prácticas progresistas y democráticas (Qobo y Nyathi, 2016). En efecto, sería difícil negar que hay una brecha insalvable, entre *ubuntu*, como idea de humanidad compartida, y los hechos de xenofobia y represión policial que se registraron en Sudáfrica en los últimos años. Pero asumir que en la práctica *ubuntu* es meramente un recurso retórico incompatible con el acercamiento a China o Rusia o la actitud frente a la CPI es resultado de una asociación directa y estrecha entre *ubuntu* y la idea occidental de derechos humanos.

La originalidad del enfoque colectivista propuesto por Tiekou (2012) radica en que *ubuntu* es un marco de análisis, y no solamente una categoría moral. El valor de esta contribución no empaña el valor de *ubuntu* como ideal ético, pero ofrece una interpretación alternativa del comportamiento de los Estados africanos en las RRII. Estos enfoques pueden sortear las lagunas dejadas por las teorías del *mainstream*, frente a las cuales ciertos comportamientos son irracionales, incoherentes, puramente pragmáticos, o que contradicen de plano una identidad internacional previamente construida (Smith, 2012; 2018).

212

## Referencias

- Acharya, A. (2014) Global International Relations (IR) and Regional Worlds. A new agenda for International Studies. *International Studies Quarterly*, 58, 647-659.
- Acharya, A. (15 de agosto de 2016) Developing Global International Relations: What, Who and How? *TRAFO: Blog for Transregional research*.
- Alden, C. y Le Pere, G. (2004) South Africa post-apartheid foreign policy: from reconciliation to ambiguity? *Review of African Political Economy*, 31(100), 283-297.
- Arthur, D. D., Issifu, A. K. y Marfo, S. (2015) An analysis of the influence of Ubuntu principle on the South Africa peace-building process. *Journal of Global Peace and Conflict*, 3(2), 63-77.
- Barber, J. (2005) The new South Africa's foreign policy: principles and practice. En

*International Affairs*, 81(5), 1079-1096.

- Busso, A. y Pignatta, M. E. (2008) Fuerzas profundas, identidad y política exterior: reflexiones teóricas y metodológicas. En Busso, A. (Ed.) *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto sobre la política exterior* (1° Ed., vol. 1, pp. 6-18). UNR Editora.
- Cilliers, J. (1999) An emerging South African foreign policy identity? *ISS Occasional Paper*, 39.
- Cilliers, J. (2017) Life beyond BRICS? South Africa's future foreign policy interests. *ISS Southern Africa Report*, 9, 1-20.
- Dados, N. y Connell, R. (2012) The Global South. *Contexts*, 11(1), 12-13.
- Department of International Relations and Cooperation (2011) *White paper on South African foreign policy—Building a better world: Diplomacy of Ubuntu*. South African Government Print.
- Gade, C. (2012) What is *ubuntu*? Different interpretations among South Africans of African Descent. En *South African Journal of Philosophie*, 31(3), 484-503.
- Geldenhuys, D. (2012) Political culture in South African foreign policy. En *International Journal of Humanities and Social Sciences*, 2(18), 29-38.
- Giaccaglia, C. (2016) Poderes medios emergentes y orden internacional: hacia un manejo colectivo de los asuntos mundiales. En Lechini, G. y Giaccaglia, C. (Eds.) *Poderes emergentes y cooperación Sur-Sur. Perspectivas desde el Sur Global* (1° Ed., pp. 14-35). UNR Editora.
- Giaccaglia, C. (2019) A diez años de BRICS: eclipse occidental, renacer asiático. *Temas y debates*, 23(38), 63-91.
- Giaccaglia, C. y Morasso, C. (2020) El desgaste político del ANC y sus implicancias para la imagen internacional de Sudáfrica. En Lechini, G. y Morasso, C. (comps.) *Auge y ocaso de los emergentes en el siglo XXI ¿Cambios sistémicos, domésticos o cosméticos?* (1° Ed., pp. 131-144). UNR Editora.
- Gqiza, L. y Ogunnubi, O. (2019) Change or consistency? A historical overview of South Africa's post-apartheid foreign policy. *Strategic Review for Southern Africa*, 41(2), 1-14.
- Hendricks, C. y Majazi, N. (2021) South Africa's International Relations: a New Dawn? *Journal of Asian and African Studies*, 57(1), 64-78.
- Isike, C. y Madise, D. (2020) Ubuntu diplomacy: broadening soft power in an African context. En *Journal of Public Affairs*, 2097, 1-10.
- Lechini, G. (2010) Sudáfrica: la identidad nacional como construcción y el liderazgo regional como destino manifiesto. En Busso, A. (Ed.) *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto sobre la política exterior* (1° Ed., vol. 2,

- pp. 197-210). UNR Editora.
- Lechini, G. (2016) La cooperación Sur-Sur en la agenda de política exterior de Sudáfrica (1994-2015). En Lechini, G. y Giaccaglia, C. (Eds.) *Poderes emergentes y cooperación Sur-Sur. Perspectivas desde el Sur Global* (1° Ed., pp. 138-155). UNR Editora.
- Le Pere, G. (2017) *Ubuntu* as foreign policy: the ambiguities of South Africa's brand image and identity. En *Strategic Review for Southern Africa*, 39(1), 93-115.
- Marthoz, J. (2012) The challenges and ambiguities of South Africa's foreign policy. En *NOREF Report*, septiembre de 2012, 1-8.
- Nkoana-Mashabane, M. (3 de septiembre de 2011) *Speech by Minister of International Relations and Cooperation on South Africa's Foreign Policy*, Atlantic Club, Sofía, República de Bulgaria.
- Oladipo, O. (1995) Reason, identity, and the African quest: the problem of self-definition in African Philosophy. *Africa Today*, 42(3), 26-38.
- Pereyra Doval, G. (2015) El estudio de la Identidad en las Relaciones Internacionales. El constructivismo como “solución” teórica temporal. *Enfoques*, 27(1), 127-142.
- Qobo, M y Nyathi, N. (2016) Ubuntu, public policy ethics and tensions in South Africa's foreign policy. *South African Journal of International Affairs*, 23(4), 421-436.
- Ramaphosa, C. (16 de febrero de 2018) *State of the Nation Address*. Parlamento de la República de Sudáfrica, Ciudad del Cabo, Sudáfrica.
- Schiro, M. (2021) El año de política exterior de Sudáfrica: la búsqueda de un “nuevo amanecer” en tiempos críticos. *Anuario de Relaciones Internacionales*, 27, 1-10.
- Smith, K. (2012) Africa as an agent of International Relations knowledge. En Cornelissen, S., Shaw, T. y Cheru, F. (comps.) *Africa and International Relations in the 21st Century* (1° Ed., pp. 21-35). Palgrave Macmillan.
- Smith, K. (2018) Reshaping International Relations: Theoretical innovations from Africa. *All Azimuth*, 7(2), 81-92.
- Soto Gómez, J. (2017) Sudáfrica, ¿un país a la deriva en el nuevo orden mundial? *Documento de Opinión IEEE*, 67, 1-21.
- Tieku, T. (2012) Collectivist worldview: its challenge to International Relations. En Cornelissen, S., Shaw, T. y Cheru, F. (comps.) *Africa and International Relations in the 21st Century* (1° Ed., pp. 36-50). Palgrave Macmillan.
- Van Wyk, J. (2004) South Africa's post-apartheid foreign policy: a constructivist analysis. *Politeia*, 23(3), 103-136.
- Wendt, A. (1992) Anarchy is what states make of it: The social construction of power politics. *International Organization*, 46(2), 391-425.

- Zarocostas, J. (2021) What next for a COVID-19 intellectual property waiver? *The Lancet World Report*, 397(10288), 1871-1872.
- Zondi, S. (2014) The rhetoric of ubuntu diplomacy and implications for making the world safe for diversity. *African Journal of Rhetoric*, 6(1), 103-142.